

EXCURSION AL ECUADOR

Con el envío de siete profesores y veinticuatro alumnos al Ecuador, hecho ocurrido en el mes de enero, la Universidad Nacional inició una política de vinculación directa con institutos similares de América. Es un paso obligado, producto de la evolución experimentada en nuestro plantel, pues a tiempo que se registra en él un gran crecimiento interno, es lógico que sienta la necesidad de proyectarse hacia el exterior, en un vivo impulso de establecer relaciones con los centros que obedecen a los mismos estímulos de creación cultural.

La delegación al Ecuador estuvo integrada por profesores y alumnos de las Facultades de Medicina, Derecho, Arquitectura y Veterinaria, y tanto en la Universidad de Quito como en la de Guayaquil llevó a término una labor de divulgación científica, por medio de conferencias y trabajos prácticos, al mismo tiempo que se proponía, como lo logró a cabalidad, estudiar los aspectos más notables de la vecina república en las actividades relacionadas con la especialidad de las personas que iban en jira. Fue un ensayo afortunado de un nuevo criterio en lo que mira a excursiones universitarias, pues se empezó a sustituir el sistema del simple paseo, despreocupado y alegre, por la correría en que el viajero lleva la inteligencia y los ojos bien abiertos. La cartera de apuntes viene a caracterizar esta inusitada manera de andar y ver.

El Ecuador se encuentra en un momento de su vida en extremo digno de observación y análisis. A raíz de la revolución de mayo último, en la que se hizo ostensible la decisión del pueblo de participar en el manejo de su propia suerte, aquel pequeño-gran país tomó el sendero de una reconstrucción ambiciosa, que puede llevarlo a ocupar un puesto sobresaliente en América. Los esfuerzos de estimular la producción, de estrechar la colaboración entre la sierra y el litoral, para que la unidad de la nación quede a cubierto de toda contingencia, los anhelos de mejorar la condición humana de sus masas y de fortificar su influencia en la creación de los valores culturales, todo denota en nuestros vecinos una consigna honrada de rectificación y de superación. Nuestros universitarios pudieron por eso tener ante sus ojos el espectáculo excitante de una república que quiere volver a formarse.

Los viajes de estudiantes tienen en su favor un sentido cordial, de amistades que se constituyen para toda la vida, de emociones que no pierden calor ni fuerza. Para pueblos que necesitan integrarse en bloques económicos, intelectuales y políticos, el trato personal de muchachos de diversas nacionalidades es una argamasa de alta calidad. Cuántas situaciones conflictivas entre países se han visto resultas tranquilamente porque en torno de una mesa de deliberaciones se volvieron a encontrar hombres que alguna vez la Universidad había relacionado. Cuando alguna vez se haga la historia de la solidaridad creciente entre los destinos colombo-ecuatorianos, habrá que reconocer la participación de correrías como la que comentamos.

Las Directivas de la Universidad Central de Quito y de la Nacional de Bogotá, aprovecharon a su vez la ocasión para firmar convenios de colaboración, que hoy pueden parecer teóricos, pero que integrados dentro del sistema de las relaciones cada día más vivas entre los dos países, irán creando una conciencia de articulación de los planes de enseñanza, de racionalización de los esfuerzos docentes y de impulso de lo mejor que tiene la inteligencia de estas naciones hacia lo que es su destino inmediato: formación de patrias en que todos sus miembros encuentren por igual prosperidad y justicia.